

Halbwachs y la memoria colectiva: la imagen histórica de Europa como un problema psicológicosocial

DARÍO PÁEZ, PATRICIA INSÚA Y ANABEL VERGARA

Universidad del País Vasco

El interés en la memoria colectiva, en el recuerdo informal del pasado histórico, se ha visto estimulado por motivos políticos, como la crisis de los países del Este, el resurgir de los nacionalismos (Brossart, 1988) así como por la conmemoración del viaje de Colón de 1492. En este artículo abordamos dos problemas diferentes relacionados con la memoria colectiva. El problema teórico es el de los procesos sociales de la memoria. El estudio de los procesos sociales del recuerdo y del olvido no se ha desarrollado en el área de la cognición social y creemos que tienen un carácter fundamental (Schneider, 1991; Fiske y Taylor, 1991). El problema concreto es cómo se olvidan los hechos traumatizantes y negativos que han afectado a una sociedad, así como se olvidan las dificultades y problemas sociales del pasado. Debido al auge del racismo y de la xenofobia se ha planteado cómo Europa ha olvidado que muchas regiones de prácticamente todos sus países, fueron Tercer Mundo hasta hace treinta o menos años atrás. Por ejemplo, en la presentación de una asociación contra el racismo, los representantes de los inmigrantes plantearon: «¿Es que no recordáis, o preferís no hacerlo, que hace no demasiados años muchos de vosotros salisteis a otros países huyendo de la dictadura o buscando una vida mejor? ¿No recordáis que os acogimos bien, y ahora que os habéis hechos más ricos nos pagáis así? ¿Dónde está vuestra memoria histórica?» (Segura, 1992). Comentando una novela, se decía: «Una suerte de amnesia colectiva define en muchos aspectos sustanciales la actual vida española. Una y otra vez se ha venido repitiendo durante años, ahora ni eso, que es necesario olvidar la guerra civil, que éste es un país sin ninguna relación con aquel que la vivió y sufrió» (García, 1992).

Esta problemática del olvido se puede ampliar al conjunto de la Europa Occidental. La «sorpresa» europea ante la brutalidad de la guerra civil yugoslava es un ejemplo. Pero, aún más sorprendente es el hecho de aún hoy en día se rechace la responsabilidad colectiva de las violencias del pasado. Un reciente sondeo señala que la mayoría de los alemanes de más de cuarenta años piensan que los judíos fueron en parte responsables del holocausto (Daniel, 1992).

Además de este olvido del pasado, señalemos que la imagen de Europa como un lugar pacífico, rico, y del que emanan valores culturales positivos es, en la actualidad, un consenso. Esta visión se refleja en la siguiente afirmación del historiador Denis de Rougemont:

«La Europa unida no es un expediente moderno, económico o político, sino un ideal que todos los mejores espíritus, los que han visto lejos, aprueban desde hace mil años. Ya Homero calificaba a Zeus de *europos*, adjetivo que significa "el que ve muy lejos"» (en Gallo, 1989).

Otros autores no se contentan con afirmar con que los europeos ven lejos. Postulan que la cultura europea es intrínsecamente humanista y expansionista:

«Europa siempre tendió a considerar a la persona humana, como el primer valor, el de carácter más sagrado de todos (...). Esta imagen idílica de la civilización europea llega lejos: el europeo es un "misionero", el ideal de la "caballería" es "exaltante" y puede ser propuesto hoy. Más aún, el europeo tiene "la tendencia irresistible de llevar a los hombres de todas partes del mundo lo que el europeo juzga mejor para sí mismo"» (Gallo, 1989).

Ahora bien, estas afirmaciones olvidan hechos como el imperialismo, el genocidio de la mitad del pueblo gitano y de un tercio del pueblo judío en la Segunda Guerra Mundial. Olvidan el millón de muertos en Argelia en manos de una represión colonial avalada por el gobierno democrático-parlamentario francés (la represión argelina se inició bajo gobierno socialista y con la firma del ahora presidente F. Mitterrand).

Sin ignorar los crímenes nazis, hay que recordar que las fuerzas aliadas bombardearon Dresde, causando un gigantesco incendio. Más de 120.000 personas murieron en ese bombardeo, ordenado por Churchill en 1945, sobre una población en la que no habían objetivos militares y cuando los alemanes estaban al borde de la rendición incondicional. Al igual que los bombardeos atómicos de Hiroshima y Nagasaki, en la actualidad se sabe que su objetivo era impresionar a los soviéticos y detener su avance (Clairmonte, 1990).

Irónicamente, podemos decir que si el europeo, en su mejor aspecto, es decir, bajo la forma de las fuerzas aliadas, ve lejos como Churchill, es porque se apoya sobre montañas de cadáveres.

No es sólo en lo referente a la violencia que la imagen positivista de Europa

ignora el pasado. Inclusive en lo referente a la riqueza se olvida que antes de la Segunda Guerra Mundial había hambre en muchos lugares de Europa (incluyendo Alemania). Después de la Segunda Guerra Mundial hubo años de pobreza real en la mayor parte de Europa. En 1946, 100 millones de Europeos se alimentaban con menos de 1500 calorías (una dieta muy buena para bajar de peso, pero inferior a las necesidades básicas de adultos sedentarios) (Laqueur, 1985).

Los siguientes párrafos presentan de forma vívida la situación en Europa hace cuarenta y cinco años atrás:

«Poco antes de abandonar Roma fui invitado por unos amigos norteamericanos a comer en un restaurante del mercado negro. Nos sentamos afuera. Los comensales daban todos, más o menos, la impresión de vivir también del mercado negro. Yo comía de espaldas a la barandilla. Por eso no me di cuenta de que detrás de nosotros se había formado un grupo de personas que trataban de quitarnos la comida del plato. Inmediatamente el encargado del local envió a un vigilante que derribó de un puñetazo a una anciana, e hizo retroceder a la multitud, compuesta en su mayoría de mujeres y niños. Algunos se marcharon, y otros se quedaron mirando en silencio nuestra comida desde una distancia prudente.»

«Aquí, en Frankfurt, hay refugiados tumbados en todas las escaleras, y da la impresión de que no alzarían la mirada si ocurriese un milagro en medio de la plaza; tan seguros están de que no ocurrirá».

Se les podría decir que detrás de Alemania existe un país dispuesto a acogerles y liarían sus bártulos sin creerlo. Su vida es aparentemente una espera sin esperanza, no se apegan a ella; es la vida la que se apeg a ellos como un fantasma, un animal invisible, hambriento, que les arrastra por calles destruidas por las bombas, día y noche, bajo el sol y la lluvia; late en los niños que duermen sobre los escombros con la cabeza entre los brazos huesudos, encogidos como el feto en el vientre de la madre, como si quisieran volver allí» (Enzensberger, 1990).

Llegar a la xenofobia y a la exaltación actual requiere olvidar socialmente, como dice Enzensberger, que en 1945 Europa era física, moral y políticamente un montón de escombros. Pensamos que los mismos procesos que explican el recuerdo social deben poder explicar el olvido social. Para esbozar una aproximación a estos procesos vamos a revisar la obra de Halbwachs sobre la memoria colectiva, cotejándola con los datos y teorías actualmente disponibles sobre el pensamiento social. Examinaremos los argumentos de este autor sobre la memoria social y cómo estos argumentos teóricos pueden explicar el olvido del pasado negativo de Europa y la imagen positivista actual. Para cada argumentación expondremos primero la posición de Halbwachs, luego otras posiciones teóricas similares, y por último, los resultados empíricos que reafirman o matizan el postulado teórico de Halbwachs.

LA MEMORIA COLECTIVA

En 1925, en su obra *Los marcos Sociales de la memoria*, Halbwachs va a definir la memoria colectiva como la memoria de los miembros de un grupo, que reconstruyen el pasado a partir de sus intereses y marco de referencias presentes. Esta memoria colectiva asegura la identidad, la naturaleza y el valor de un grupo. Por último, esta memoria es normativa, es como una lección a transmitir sobre los comportamientos prescriptivos del grupo. Esta concepción de la memoria colectiva como la imagen colectivamente creada y compartida sobre un hecho histórico es utilizada en la actualidad (Schuman y Scott, 1989). También se puede señalar la convergencia de esta concepción de Halbwachs con la perspectiva de las representaciones sociales. Según Moscovici (1983) representarse socialmente un objeto es integrar lo nuevo en lo antiguo o convertir lo extraño en algo familiar. En este proceso generalmente la memoria prevalece sobre la deducción, el pasado sobre el presente, en otros términos, representarse algo socialmente está intrínsecamente asociado al uso de la memoria. Además, probablemente por la base común Durkheimiana, los elementos definitorios de una representación social son similares a los expuestos por Halbwachs sobre la memoria colectiva. Una representación (memoria) es social no tanto por su contenido, como por ser compartida por una colectividad, y sobre todo por sus funciones de defensa de la identidad grupal, por su carácter comunicativo y por su carácter normativo (Jodelet, 1991; Ramos, 1989; Namer, 1987, 1990).

En su obra póstuma de 1950, *La Memoria Colectiva*, Halbwachs va a utilizar el concepto de memoria social, refiriéndose a las corrientes de pensamiento, que existen sin el apoyo de un grupo. Se trata de los restos de memorias colectivas, que subsisten como residuos, bajo la forma de transmisiones orales (cuentos, rumores, canciones populares, etc.) y bajo la forma de restos de antiguos materiales (viejos caminos como calvarios, o antiguas formas de vivir como restos arquitectónicos, etc.), antiguas costumbres (como costumbres de hospitalidad campesina en un contexto urbano, por ejemplo).

Además de concebir a la memoria social como restos de memorias colectivas que subsisten sin el soporte de un grupo activo, Halbwachs va a definir a la memoria social como los efectos de los mecanismos sociales en la memoria individual (Halbwachs, 1925/1975; 1950). La memoria social es la formada a partir del uso de las representaciones colectivas, es decir, por los instrumentos cognitivos hegemónicos en una sociedad. Esta última definición y la relación entre memoria e intereses de grupo y marcos de referencia es convergente con la aproximación a la problemática de la memoria realizada en las mismas fechas por Bartlett (1932/1973). Veremos más adelante como hay convergencias importantes a niveles más específicos entre ambos autores.

LA MEMORIA ES SOCIAL POR SU CONTENIDO

La primera afirmación de Halbwachs es casi trivial. La memoria es social por su contenido. El recuerdo de un suceso generalmente tiene como contenido la presencia de sí, del hecho y de los otros. Al ser animales sociales, el contenido de nuestra memoria refleja el hecho de que el nuestro es un mundo en que la presencia de los otros es constante.

Empíricamente, investigando las características de los recuerdos autobiográficos más salientes y vívidos, se ha encontrado que éstos son sociales (hechos en presencia de otros). Pillemer *et al.* (in Conway, 1990) les pidieron a estudiantes universitarios que recordaran cuatro hechos de su primer año en el college y a estudiantes avanzados les pidieron que recordaran hechos de su segundo año en la universidad. La gran mayoría de estos recuerdos se refería a actividades con otros y los recuerdos que tenían como contenido actividades solitarias de las personas eran bastantes escasos. Estos resultados reafirman el carácter social del contenido de buena parte de la memoria.

Otro resultado claro de la investigación actual sobre memoria autobiográfica es el carácter positivista de los recuerdos. En general, la mayoría de los recuerdos de los sujetos son positivos (un resultado clásico es un 50% de recuerdos positivos, un 30% negativos y un 20% neutros). El que este sesgo positivista sea funcional, es decir, que sirve para que el sujeto funcione bien y se adapte, se puede inferir de que los sujetos deprimidos no lo presentan. En general, los sujetos «sanos» presentan una ilusión de positividad y de capacidad de control (Taylor y Brown, 1988). Aplicando el razonamiento de Halbwachs, corregido por los resultados empíricos, al ser el contenido del recuerdo sesgado a la presencia de otros y hacia los aspectos positivos, la imagen del pasado que se rememora y se transmite es la de una Europa positiva y de buena convivencia. Esa sería una primera constatación, que requiere una explicación. Veamos como Halbwachs desarrolla la explicación de la memoria social.

LOS MARCOS DE REFERENCIA DEL RECUERDO SON SOCIALES

Halbwachs afirma además que el recuerdo se realiza a partir de marcos de referencia de origen social (el lenguaje, las representaciones colectivas sobre el tiempo, el espacio y la causalidad entre otros). Las representaciones del tiempo son tiempos tipificados como soporte estable de la memoria. En general, las representaciones del tiempo y del espacio están fusionadas y las coordenadas espacio-temporales están definidas por actividades sociales (el espacio físico de mi escuela de infancia se asocia al tiempo aquel y a la actividad del estudio por

ejemplo). Bartlett (1932/1973) planteaba una argumentación similar cuando decía que las instituciones y costumbres actúan como una base esquemática para la memoria (Shotter, 1990). Las investigaciones sobre memoria autobiográfica han confirmado que los ciclos sociales actúan como marco de la memoria. Concretamente, estudiantes recordaban muchos más sucesos en el mes en que se acababa un ciclo de actividad escolar. Robinson pidió a sus estudiantes que evocaran 20 eventos de los dos últimos años vividos. Halló que el último mes de cada uno de los tres períodos fue el más prolífico en recuerdos autobiográficos, con una caída de frecuencia bastante uniforme hasta el primer mes de cada período (Robinson, 1986; Conway, 1990).

Por otro lado, si bien los sujetos recuerdan en orden los sucesos con bastante fidelidad (saben cuál va antes y cuál va después), son muy poco fiables para entregar criterios cronológicos exactos. No sólo los sujetos utilizan difícilmente criterios de tiempo para recordar bien los sucesos, sino que este hecho es más marcado para los hechos distantes. Linton (1986) encontró que para los recuerdos recientes, las exploraciones cronológicas son fáciles, rápidas y fructíferas. Es posible comenzar en una fecha determinada y recordar eventos que se sucedieron en un orden cronológico simple. Pero para recuerdos más lejanos, tales exploraciones no son tan exitosas. Por el contrario, parecen ser las categorías de experiencia—como, por ejemplo, cosas hechas con ciertos amigos o sucesos que tienen que ver con un proyecto en el trabajo— las que organizan nuestra evocación.

Se puede concluir que en general la gente experimenta el tiempo no sólo como el tictac físico del reloj, sino como el paso de los eventos, rutinas y estaciones que marcan sus vidas. Esta última noción del tiempo parece ser preeminente en el modo en que organizamos los acontecimientos en la memoria.

Este argumento aplicado a nuestra problemática indicaría que las personas recordarían los sucesos negativos asociados al final del ciclo de la guerra y al final del ciclo de renacimiento económico de los cincuenta. Ahora bien, un ciclo social no sólo es un marco espacio-temporal formal para el recuerdo, sino que también le da un significado. La siguiente cita de encuestas periodísticas muestra cuál sería el significado asociado a ese marco:

«La fórmula que emplea todo el mundo en Berlín es: "Entonces estábamos en guerra, pero ahora hay paz". Esa frase enigmática significa, traducida libremente, que la gente no se siente responsable de una guerra que contempla como si fuese una historia lejana y echa la culpa de las miserias y dificultades de la guerra a los aliados» (Enzensberger, 1990).

Así como asesinar a un hombre es un delito en tiempo de paz y hacerlo en tiempo de guerra es un acto heroico, de la misma manera los actos negativos

realizados y acaecidos durante la guerra perderían su carácter negativo o se diluirían («estábamos en guerra...» o «era el período de la reconstrucción...»). Esta delimitación de los hechos negativos a un marco temporal específico y transitorio es una táctica común de manejo de impresiones, según indica la investigación en cognición social (Taylor, 1991).

LOS PROCESOS DEL RECUERDO SON SOCIALES

Los procesos del recuerdo son sociales según Halbwachs, porque implican una actividad colectiva coordinada. No sólo se recuerda a partir de las preguntas de otros, sino que éstos también completan y validan nuestro recuerdo. Dos perspectivas actuales que reafirman este postulado son la aproximación a la especialización de roles en la memoria y la investigación sobre la fiabilidad del recuerdo colectivo comparado con el individual. Con respecto a lo primero, Wegner ha mostrado que, dentro de las parejas, los sujetos se especializan en áreas de memoria (cada miembro se encarga de recordar y «archivar» datos sobre ciertas áreas) de forma que hay una memoria «distribuida» más eficaz que la de cada sujeto aislado (Schneider, 1991; Fiske y Taylor, 1991). Las investigaciones de Stephenson y cols. han demostrado que los recuerdos generados por un grupo son más exactos, que los generados por los individuos aisladamente—manteniendo todos los otros factores constantes (*op. cit.* ant.). Además, la memoria se basa en los marcos de significado compartidos del lenguaje:

a) **La memoria está fijada lingüísticamente y como narración**

La primera parte de esta argumentación hace referencia a que el recuerdo está fijado en la forma de frases y formas de lenguaje. En palabras de Janet, la forma superior del recuerdo es la narrativa o narración (*récit*). Como dice Ramos, refiriéndose a la memoria:

«... que esté fijada lingüísticamente implica que resulta de una acción comunicativa en la que el sujeto de la experiencia, se pone en contacto con otro sujeto, real o virtual. Si yo siento un malestar y lo traduzco como un dolor de cabeza —ejemplifica en un caso límite Halbwachs—, estoy dotando a esas sensaciones molestas no sólo de nombre, sino también de objetividad. Y, al hacerlo, estoy presuponiendo que cualquier otro que sintiera las mismas molestias diría que tiene un dolor de cabeza. De este modo, el uso del lenguaje para describir lo que ocurre y sus pretensiones concomitantes de objetividad, presuponen una pluralidad de conciencias» (Ramos, 1989).

Esta concepción de Halbwachs se asemeja mucho a la concepción clásica del

pensamiento como diálogo interiorizado (que comparten en gran medida teóricos como Mead y Vigotsky). Por otro lado, Bartlett también postuló que recordar se realiza bajo la forma de un dar cuenta o narración justificativa de la actitud que emerge al evocar un objeto o hecho (Shotter, 1990; Bartlett 1932/1973).

Según Bartlett, primero emerge una actitud, que luego el recuerdo justifica. El recuerdo excusa y justifica (explica el porqué de una actitud ante el hecho recordado), pero también le da forma a una experiencia afectiva difusa. En síntesis, ambos autores concuerdan en que el recuerdo es una articulación narrativa justificatoria (aunque Bartlett haga mucho más hincapié en este último aspecto).

Empíricamente se ha encontrado que la actitud influencia el recuerdo, así como que para evocar afectos o emociones, los sujetos deben recordar escenarios o narraciones de sucesos. Además, algunos resultados sugieren que las respuestas afectivas son más rápidas y seguras que las cognitivas, así como que lo primero que un sujeto recuerda al evocar episodios sociales es cómo él se sintió en ellos (Echevarría y Páez, 1989). También se ha planteado que la elaboración narrativa de los hechos negativos es una tendencia normal en los sujetos y que esta elaboración tiene un papel adaptativo: los sujetos que no comparten con otro su recuerdo de un hecho negativo presentan más problemas de salud física y mental (Pennebaker, 1990). Los sujetos que no logran articular socialmente una narración sobre su experiencia en los campos de concentración, se ven invadidos por recuerdos negativos (Namer, 1987).

b) El pasado se reelabora a partir del presente grupal

El recuerdo también es social, porque se realiza a partir de las necesidades e intereses actuales del grupo (en este punto el acuerdo entre Bartlett y Halbwachs es total). Como dice Halbwachs:

«la memoria colectiva es esencialmente una reconstrucción del pasado que adapta la imagen de los hechos antiguos a las creencias y necesidades espirituales del presente» (en Schwartz, 1990).

En el mismo sentido se expresa Mead:

«Cada concepción del pasado se construye desde el punto de vista de los nuevos problemas de hoy» (Mead, 1989).

Schwartz (1990) ha ejemplificado cómo el recuerdo de Lincoln, recuperando positivamente sus aspectos populares y urbanos, se realizó y construyó socialmente en la llamada era progresiva en EE.UU., cuando se necesitaba legitimar la intervención y control estatal. Un Lincoln de acuerdo a las necesidades del momento (olvidando sus vacilaciones y ocultando sus aspectos más campecha-

nos), se desarrolló en esa época. Previamente el recuerdo era mucho más crítico.

Otra expresión de la influencia de las necesidades sociales actuales en la memoria es la recuperación de hechos olvidados para reforzar la identidad social de una nación. Por ejemplo, en el caso de Israel: en la actualidad se conmemora el combate de Masada, cuyos defensores fueron exterminados en su lucha a muerte contra el invasor romano, cuando este hecho no había sido recogido por los historiadores judíos, que habían puesto de relieve el enfrentamiento astuto, pero, nada heroico, de las autoridades religiosas de la época (Lewis, 1989). El estado judío actual, conmemora la heroica defensa y caída de Masada, legitimando las cualidades combatientes del pueblo israelita.

A un nivel más individual, se ha encontrado que los sujetos exageran la consistencia entre su pasada y su presente actitud —en al menos 4 investigaciones, según Ross (1989)—. Personas a las que se les exponía a un mensaje de un experto advirtiéndoles de los riesgos del jogging, posteriormente cambiaban su actitud de manera negativa. Indagados sobre su actitud anterior (que se había obtenido previamente), los sujetos tendían a subvalorar su cambio y a acercar su actitud pasada a la actual. Esto se ha encontrado no sólo a nivel experimental, sino también en estudios de campo longitudinales o paneles. De los sujetos norteamericanos que fueron encuestados en dos años diferentes sobre su pertenencia política —con una diferencia de tres años—, en la década de los ochenta, el 78% no había cambiado de partido —según los datos del panel—. De éstos, el 96% dijo no haber cambiado de partido. Un 22% cambió de partido y sin embargo un 91% de ellos manifestó no haber cambiado. Otra demostración de campo de esta tendencia a sobrevalorar la estabilidad y a corregir el recuerdo del pasado en función del presente, la da el hecho de que la mayoría de judíos y negros a los que se realizó una entrevista sobre su orientación política antes de 1930, dijo ser demócrata. Antes de los treinta, los judíos y negros votaban al partido republicano (el que había apoyado la guerra civil contra los estados esclavistas, por ejemplo). Es sólo en los 30 que el partido demócrata desarrolla un perfil más progresista que le valdrá el apoyo de las minorías raciales. Aunque es muy poco probable que judíos y negros antes de 1930 fueran mayoritariamente demócratas, los sujetos entrevistados señalaban retrospectivamente que sí lo eran (Ross, 1989). Aplicando este argumento a la imagen positiva de Europa, esto sugiere que los europeos anclarían su recuerdo del pasado en su presente de riqueza y de democracia estabilizada, corrigiendo el pasado en función del presente. Que algo así puede haber actuado en el caso de la población que apoyó al régimen nazi lo sugiere la siguiente cita, extraída de entrevistas con alemanes:

«(Yo escondí a un judío, él escondió a un judío, todo el mundo escondió a un judío.) Nosotros no tenemos nada en contra de los judíos; siempre nos llevamos bien

con ellos. Los nazis son unos canallas. Estábamos hartos de ese gobierno. Cuánto hemos sufrido. Las bombas. Hemos vivido durante meses en el sótano. Estamos contentos de que hayan llegado los americanos. No tenemos miedo, no tenemos ningún motivo para temerles. Nosotros no hemos hecho nada malo; nosotros no somos nazis» (Enzensberger, 1990).

c) La memoria surge de la comunicación interpersonal

Empíricamente, tres investigaciones demostraron que la repetición abierta (verbigracia, cuan a menudo han hablado los sujetos sobre un hecho) era un buen predictor de la vivacidad de la memoria para sucesos personalmente importantes y/o para memorias vívidas. Para mantener vívida una memoria autobiográfica a medio plazo, era necesario que ésta tuviera una fuerte carga afectiva original y que se hubiera repetido (pensado o hablado) frecuentemente (Ruiz-Vargas, 1991; Conway, 1990). De forma similar, se ha encontrado que niveles altos de reacción emocional al reevocar sucesos autobiográficos estaban asociados con repeticiones interpersonales (Páez, 1992). Estos resultados confirman el postulado de Halbwachs sobre el rol central de la actividad social para mantener la memoria.

Esto quiere decir que la memoria colectiva se mantiene bajo la forma de narraciones que se traspasan de persona en persona. Según Halbwachs, los rumores, fábulas, etc., son formas de memoria social. Recordar es realizar un esfuerzo para darle un significado a una trama o hecho que se dio (decía Bartlett). Sus investigaciones, así como las realizadas sobre el desarrollo de los rumores, se centraron en comprender el proceso a partir del cual se recordaba selectivamente una narración o imagen de un hecho. Las investigaciones actuales han corregido una visión demasiado negativa del rumor (como conllevando siempre distorsión y error), pero han confirmado los procesos esenciales puestos de relieve por Bartlett en el recuerdo, y por Allport y Postman en los rumores.

Primero, una historia narrada bajo la forma de rumores sucesivos o bajo la forma de recuerdos que pasan de sujeto en sujeto, se simplifica y condensa. Los detalles se reducen y se simplifican. Segundo, también se acentúan los detalles coherentes con la visión general que se transmite en el rumor o recuerdo colectivo. Algunos detalles se amplifican (cifras) y otros se intensifican. Es decir, se agregan detalles que encajen bien con la historia que se cuenta. Tercero, hay un proceso de convencionalización, es decir, el recuerdo se va adaptando a las convenciones (usos, costumbres, valores, estereotipos) del grupo que constituye la red del rumor o recuerdo. Se van produciendo olvidos y agregados, transformaciones que permitan que la narración sea coherente con los estereotipos y valores locales. Es decir, que la narración tenga una buena forma (tanto a nivel de forma

como de contenido). Un ejemplo clásico de Allport y Postman es que a partir de una imagen en el metro en la que hay un joven blanco y uno negro enfrentados de manera ambigua, siendo el primero el que lleva una navaja, en la cadena de traspaso de rumores, termina siendo el negro el portador de la navaja. También está demostrado que la actitud previa de los sujetos influye en qué rumores cree y reproduce: los sujetos negros no reproducían este rumor (Allport y Postman, 1952/1977; Bartlett, 1932/1973; Kepferer, 1987; Rosnow, 1980). Además de esto se ha encontrado que la discusión grupal polariza el juicio. Si los sujetos de un grupo tienen una actitud negativa hacia un tema, después de conversar entre ellos, tendrán una actitud aún más negativa. Si consideramos el carácter grupal del recuerdo, no sólo éste será convencional, sino que será aún más radical que la suma individual de recuerdos. A esto le podemos agregar que los sujetos presentan un sesgo de positividad en el recuerdo y que tienen una mejor imagen de sí que la que tienen los otros. En general, las personas (occidentales al menos) no dan feedback, y cuando lo hacen, éste tiende a ser positivo (Taylor y Brown, 1988). Por todo lo anterior, suponemos que el recuerdo de la guerra y pobreza se hará respetando los valores convencionales del grupo, eliminando los elementos negativos y siguiendo esta lógica de positivización. Así, el recuerdo del pasado europeo será polarizado, convencional y positivo.

LA MEMORIA DEFINE AL GRUPO

Por último, según Halbwachs, la memoria es social porque la identidad grupal está dada por el hecho que ésta se apoya en un fondo de representaciones colectivas y en la consciencia de compartir el pasado. La memoria colectiva define y valoriza al grupo. La investigación sobre memorias vívidas muestra la influencia de la pertenencia grupal en el recuerdo: muchos sujetos tenían memorias vívidas del asesinato de Kennedy (tanto blancos como negros norteamericanos), sin embargo, pocos blancos y la mayoría de los negros tenían memorias vívidas para el asesinato de los líderes negros M. L. King y Malcolm X (Conway, 1990).

Para Halbwachs la memoria colectiva no sólo es una narración excusa, sino que su función social global es la de la nostalgia (es decir, recordar el pasado que legitime el cambio presente, pero, que también haga del pasado un lugar atractivo). Empíricamente, Bellelli (1991) investigando el conocimiento social de la nostalgia, encontró dos prototipos de ésta. El primero, cuyo caso básico es el del emigrante, se caracteriza por síntomas afectivos negativos y se asocia a la ausencia de un objeto amado. El segundo prototipo, cuyo caso básico es el del anciano,

se caracteriza por una afectividad positiva y por la recuperación mediante el recuerdo, por la presencia mental, del objeto amado. Bellelli infiere que ambos prototipos de la nostalgia tienen funciones sociales; el primer prototipo se asocia a la función de reafirmación de objetivos y valores, y el segundo, a la función de reforzar la cohesión del sí mismo. A nivel individual, hay datos que confirman que los sujetos nostálgicos son aquellos que han vivido más alteraciones vitales negativas, por lo que el recuerdo del pasado les puede servir para reforzar una imagen positiva (Best y Nelson, 1984). Schuman y Scott (1989) encontraron evidencia que apoya esta función nostálgica de reafirmación de valores y de refuerzo de la cohesión de la identidad de la memoria colectiva. La generación del Vietnam, los que habían sido adolescentes y jóvenes en la época de la guerra, daban más como razones para recordar la II Guerra Mundial motivos como ganar una buena guerra, el patriotismo, la prosperidad económica. La interpretación de los autores es que las personas que vivieron el presente de una guerra impopular y «sucía», tienen una memoria colectiva idealizada de una guerra que no vivieron, pero, en la que la sociedad se percibía como «buena y unida».

La función social grupal de la memoria colectiva, es la de valorizar al grupo y la de «dar una lección» —la memoria colectiva tiene una función normativa. Esto concuerda con la teoría de la identidad social, que postula que los sujetos se definen según su pertenencia a categorías, buscan una identidad positiva y la consiguen mediante comparaciones sociales ventajosas. En este sentido, el trabajo de la memoria no es sólo el de recordar los hechos positivos, sino también el de olvidar los hechos que pueden descalificar o cuestionar la imagen del grupo.

Una primera forma de olvido automático es la represión de los recuerdos displacenteros. Aunque discutida, en la actualidad se considera que ésta es un proceso real. Como dicen Davis y Schwartz (1987):

«Desde los treinta, ha habido muchas investigaciones experimentales de la represión. La mayoría de las investigaciones tenía relación con el recuerdo de materiales con asociaciones positivas o neutras vs. el recuerdo de materiales con asociaciones displacenteras o amenazantes. En general, los resultados de estos estudios son claros y consistentes. Los sujetos demostraron un peor recuerdo de los materiales que se habían asociado con experiencias displacenteras.»

Los sucesos negativos se recuerdan menos que los positivos, por otros mecanismos además de la represión. Primero, los sujetos reinterpretan los hechos ambiguos o negativos como neutros o positivos. Segundo, ya que los hechos negativos son menos comunes, y debido a que se «disminuyen» aún más por el proceso de reinterpretación, el dominio de memoria al que se puede asociar un hecho negativo es reducido. Tercero, los hechos positivos son más frecuentes, más accesibles y más elaborados (hay más asociaciones construidas alrededor de ellos).

Cuarto, el conocimiento social sobre los hechos negativos es más desarrollado y más complejo (hay más diferenciación sobre emociones negativas que positivas por ejemplo), y estos hechos provocan más actividad explicativa de reinterpretación y racionalización (Taylor, 1991). Por todo esto las asociaciones entre hechos negativos en la memoria tienden a ser más débiles y menos comunes que las de los hechos positivos. Normalmente, los sujetos tienen este sesgo de positividad en el recuerdo.

No sólo el olvido, sino que también el silencio, el olvido voluntario de los hechos negativos, es frecuente. En el caso de los hechos traumáticos hay elementos que sugieren que se da una dinámica colectiva de silencio y olvido. Esto ocurre tanto entre los «vencedores» como entre los «vencidos». Becker y col. (1989) afirman que el revivir los hechos traumáticos parecía asociarse a temor, culpabilidad y desconcierto y que la opinión predominante en Chile en los años de la dictadura de Pinochet era la de no recordar ni revivir estos hechos. La respuesta dominante fue en esos años la negación y el silencio. Mucha gente encontraba que lo mejor era no hablar de la represión y las violaciones a los derechos humanos (Padilla y Comas-Díaz, 1986). El silencio, sobre el pasado era lo dominante tanto entre víctimas como entre los victimarios, según encontró Sichrowsky en sus entrevistas con hijos de judíos sobrevivientes de campos y con hijos de criminales nazis (Sichrowsky, 1987). Sólo un 30% de sobrevivientes de campos de concentración comunicaron sus experiencias en USA después de la segunda guerra mundial. Los motivos que tenían para no hacerlo eran porque querían olvidar, no se les entendería y porque no querían alterar a sus próximos (Pennebaker, 1990). La historia social también sugiere que los «vencidos» guardan silencio y olvidan los fracasos, incluso menos traumatizantes que las torturas y las muertes, como las huelgas agrícolas sin éxito (Ferro, 1989).

Otro mecanismo de valorización de la identidad grupal mediante la memoria, es la atribución de las conductas negativas del pasado del propio grupo a causas externas. Hewstone (1990) ha encontrado que en 5 de 10 investigaciones revisadas los sujetos atribuyen los actos negativos del exogrupo más a causas internas y atribuyen menos a causas internas los actos negativos de miembros del endogrupo. A nivel del pasado europeo, la siguiente cita muestra la atribución externa del problema nazi en los alemanes:

«Los directores que fui a recoger con mi jeep, estaban ansiosos por decirme que el pueblo alemán había sido víctima de una conspiración internacional que había tratado de entregar este maravilloso país a unas potencias desconocidas. Alemania había hecho una guerra defensiva; el terror de las bombas aliadas había unido al pueblo alemán, había sido un error grave, ellos eran los verdaderos defensores de la civilización occidental frente a las "hordas asiáticas", etc.» (Enzensberger, 1990).

Una penúltima forma de valorización de la identidad social mediante el recuerdo es la negación del carácter negativo del acto y del daño realizado al exogrupo y la focalización selectiva en los daños sufridos por el endogrupo. La siguiente cita muestra cómo los alemanes utilizaban esta lógica de comparación social ventajosa, de negación de la derrota y de olvido del daño realizado:

«La nueva Alemania está descontenta con todo el mundo y extrañamente satisfecha de sí misma. Mientras los alemanes se deshacen en quejas por el hambre, las viviendas perdidas y otros sufrimientos, no sienten especial interés o compasión por el sufrimiento y los daños que han causado a los demás, y esperan la ayuda benévola de los países que querían destruir, ayuda que, por cierto, suelen recibir con más desdén que agradecimiento» (Enzensberger, 1990).

Por último, el tabú de hablar de un tema, el simple silencio de los hechos negativos, va a influenciar en cómo se codifican o archivan en la memoria los hechos negativos y positivos. La investigación de Semin y cols., ha mostrado que conductas socialmente deseables del endogrupo y conductas socialmente indeseables del exogrupo, están codificadas a un nivel más alto de abstracción; mientras que conductas socialmente indeseables del endogrupo y conductas socialmente deseables del exogrupo, están codificadas a un nivel de abstracción más bajo (Maas *et al.*, 1988). Podemos suponer que los europeos habrán codificado de forma más abstracta (y por ende recordarán y tendrán más elaborada la memoria) los hechos positivos de su propio grupo nacional y menos los de los extranjeros y no europeos. Este último proceso, resultado indirecto y automático de un proceso voluntario de silencio, también puede explicar la imagen positivista de Europa.

CONCLUSION

Por el sesgo positivista del recuerdo, por el uso de marcos espaciotemporales de recuerdo («era la guerra...», «era la postguerra...»), por la forma de narración compartida polarizada y convencionalizada según los valores del grupo, por la proyección hacia el pasado de la situación actual de estabilidad y bonanza, por la represión de los hechos displacenteros, por la justificación y excusa de los hechos negativos, por la comparación social ventajosa y, por último, por el impacto en una menor codificación de los hechos negativos del endogrupo y de los positivos del exogrupo, la memoria colectiva europea es lo que es: una imagen positiva que olvida una pasada y cercana ruina moral y económica. Ahora bien, creemos que éste es un proceso general. Y que nos sirvió para ejemplificar la fecundidad y validez de la teoría de Halbwachs de la memoria colectiva. Sirva este

texto para paliar el olvido de un judío francés, socialista y anticolonialista, muerto en un campo de concentración nazi.

BIBLIOGRAFIA

- ALLPORT, G., y POSTMAN, L. (1952/1977): *Psicología del Rumor*, Buenos Aires: Pléyade.
- BARTLETT, F. C. (1932/1973): Los factores sociales del recuerdo, en PROSHANSKY, H., y SEIDENBERG, B.: *Estudios Básicos de Psicología Social*, Madrid: Tecnos.
- BECKER, D., et al. (1989): *Derechos humanos: todo es según el dolor con que se mira*, Santiago: ILAS.
- BELLELLI, G. (1991): Une emotion ambigue: la nostalgie, *Cahiers Internationaux de Psychologie Sociale*, 11, 59-76.
- BEST, J., y NELSON, E. F. (1984): Nostalgia and Discontinuity, *Sociology and Social Research*, 69, 221-233.
- BROSSART, A., et al. (1988) (eds.): *À l'Est, la mémoire retrouvée*, París: La Découverte.
- BROWN, N.; SHEVELL, S., y RIPS, L. (1986): Public memories and their personal contexts, en RUBIN, D.: *Autobiographical Memory*, Cambridge: Cambridge University Press.
- CLAIRMONTÉ, F. (1990): Les véritables raisons de la destruction d'Hiroshima, *Le Monde Diplomatique*, 437, 20-21.
- CONWAY, M. (1990): *Autobiographical Memory*, Milton Keynes: Open University Press.
- DANIEL, J. (1992): Acerca del pesimismo, *El País*, 1 febrero, p. 11.
- DAVIS, P., y SCHWARTZ, G. (1987): Repression and inaccessibility of affective memories, *Journal of Personality and Social Psychology*, 52, 155-162.
- ECHEVARRIA, A., y PAEZ, D. (1989): *Emociones: perspectivas psicosociales*, Madrid: Fundamentos.
- ENZENSBERGER, H. M. (1990): Europa en Ruinas, *El País*, 5 y 12 de agosto de 1990.
- FERRO, M. (1989): Les oublis de l'Histoire, *Communications*, 49, 57-66.
- FISKE, S., y TAYLOR, S. (1991): *Social Cognition*, New York: McGraw Hill.
- GALLO, M. (1989): Disolución de la Historia en la Ideología, *Le Monde Diplomatique en castellano*, 28, 3-4.
- GARCIA, M. (1992): La memoria restituida, *El País*, 15/2/1992.
- HALBWACHS, M. (1925/1975): *Les Cadres Sociaux de la Mémoire*, París: Mouton.
- HALBWACHS, M. (1950): *La Mémoire Collective*, París: PUF.

- HEWSTONE, M. (1990): The «Ultimate Attribution Error»? A revision of the literature on Intergroup Causal Attribution, *European Journal of Social Psychology*, 20, 311-335.
- JODELET, D. (1991): Representaciones Sociales: un área en expansión, en PAEZ, D., et al.: *Sida: Imagen y Prevención*, Madrid: Fundamentos.
- KEPFERER, J. (1987): *Rumeurs*, París: Ed. du Seuil.
- LAQUEUR, W. (1985): *Europa después de Hitler I y II*, Madrid: Sarpe.
- LEWIS, B. (1989): Masada et Cyrus le Grand, *Communications*, 49, 161-184.
- LINTON, M. (1986): Ways of searching and the contents of memory, en RUBIN, D.: *Autobiographical Memory*, Cambridge: Cambridge University Press.
- MAAS, A.; SALVI, D.; ARCURI, L., y SEMIN, G. (1988): Language use in intergroup context: The linguistic intergroup bias, *Journal of Personality and Social Psychology*, 57, 981-983.
- MEAD, G. H. (1989): La naturaleza del pasado, *Revista de Occidente*, 100, 63-81.
- MIDDLETON, D., y EDWARDS, D. (1990): *Collective Remembering*. London: Sage.
- MIDDLETON, D., y EDWARDS, D. (1990): Conversational Remembering: a social psychological approach, en MIDDLETON, D., y EDWARDS, D.: *Collective Remembering*, London: Sage.
- MOSCOVICI, S. (1983): The phenomenon of Social Representations, en FARR, R., y MOSCOVICI, S. (Eds.): *Social representations*, Cambridge: Cambridge Univ. Press.
- NAMER, G. (1987): *Mémoire et Société*, París: Eds. des Méridiens.
- NAMER, G. (1990): *Mémoire Collective, Mémoire sociale et mass media*, Comunicación al Congreso Mundial de Sociología, Madrid: Fotocopia.
- PADILLA, A., y COMAS-DIAZ, A.: Un estado de Miedo, *Psychology Today en español*, 3, 30-34.
- PAEZ, D. (1992): *Salud, Expresión y Represión Social de las Emociones*, Valencia: Promolibro (por salir).
- PENNEBAKER, J. (1990): *Opening Up*, New York: Morrow and co.
- RAMOS, R. (1989): Maurice Halbwachs y la memoria colectiva, *Revista de Occidente*, 100, 63-81.
- ROBINSON, J. (1986): Temporal reference systems and autobiographical memory, en RUBIN, D.: *Autobiographical Memory*, Cambridge: Cambridge University Press.
- ROSNOW, R. L. (1980): Psychology of Rumor reconsidered, *Psychological Bulletin*, 87, 578-591.
- ROSS, M. (1989): Relation of Implicit Theories to the Construction of Personal Histories, *Psychological Review*, 96, 341-357.
- RUBIN, D. (1986): *Autobiographical Memory*, Cambridge: Cambridge University Press.

- RUIZ-VARGAS, J. M. (1991): *Psicología de la Memoria*, Madrid: Alianza.
- SEGURA, J. L. (1992): Donde está vuestra memoria histórica, *Egin*, 5/2/1992.
- SCHNEIDER, D. J. (1991): Social Cognition, *Annual Review of Psychology*, 42, 527-561.
- SCHWARTZ, B. (1990): The reconstruction of Abraham Lincoln, en MIDDLETON, D., y EDWARDS, D.: *Collective Remembering*, London: Sage.
- SCHUMAN, H., y SCOTT, J. (1989): Generations and Collective memory, *American Sociological Review*, 54, 359-381.
- SHOTTER, J. (1990): The Social Construction of Remembering and Forgetting, en MIDDLETON, D., y EDWARDS, D.: *Collective Remembering*, London: Sage.
- SICHROWSKY, P. (1987): Nacer Culpable, Nacer Víctima, Nota bibliográfica, *Memoria*, 3, 56-57.
- TAYLOR, S., y BROWN, J. (1988): Illusion and Well-being, *Psychological Bulletin*, 103, 193-210.
- TAYLOR, S. (1991): Asymmetrical Effects of Positive and Negative Events, *Psychological Bulletin*, 110, 67-85.